

El capital silencioso de las sociedades laborales en la Región

PEDRO ANTONIO ABAD MEDINA

Presidente de Amusual

Hablamos de personas que no se limitan a buscar una oportunidad laboral, sino que se convierten en protagonistas de su propio proyecto



Cuando se habla de inversión empresarial, solemos pensar en grandes operaciones financieras, fondos externos o proyectos de fuerte impacto mediático. Sin embargo, existe otra forma de capital mucho más discreta, pero profundamente transformadora: el capital que aportan las personas trabajadoras cuando deciden convertirse en socias de su propia empresa. Ese es, precisamente, uno de los elementos diferenciales de las sociedades laborales. No estamos ante empresas en las que el capital y el trabajo caminan por separado, sino ante un modelo empresarial en el que las personas trabajadoras participan en la propiedad, se implican en la gestión y asumen un compromiso directo con el futuro del proyecto.

En la Región de Murcia, las sociedades laborales representan una realidad empresarial consolidada. Son empresas que crean empleo, generan actividad económica, favorecen el arraigo territorial y ofrecen una fórmula especialmente útil para emprender de manera colectiva, consolidar proyectos empresariales y facilitar la continuidad de empresas. Uno de los datos que mejor refleja la fortaleza actual de este modelo es la evolución del capital inicial de las nuevas sociedades laborales constituidas en la Región de Murcia. En 2023, el capital de las empresas constituidas fue de 35.240 euros; en 2024 ascendió a 45.938 euros; y en 2025 alcanzó los 74.410 euros. Esta evolución no es un dato menor. Muestra una tendencia clara: los nuevos proyectos de sociedad laboral están naciendo con una mayor capitalización, con mayor capacidad de inversión inicial y con una apuesta empresarial más sólida.

En apenas dos años, el capital inicial prác-

ticamente se ha duplicado, lo que refleja confianza, compromiso y una mayor ambición empresarial por parte de quienes ponen en marcha estas iniciativas. Pero lo verdaderamente relevante no es solo la cifra. Lo importante es lo que hay detrás de ella. Hablamos de personas trabajadoras que deciden aportar recursos propios, compartir riesgos y asumir responsabilidades para construir una empresa. Personas que no se limitan a buscar una oportunidad laboral, sino que dan un paso más y se convierten en protagonistas de su propio proyecto empresarial. En un contexto en el que muchas iniciativas emprendedoras nacen con dificultades de financiación, que las sociedades laborales incrementen su capital inicial es una señal positiva. Significa que hay proyectos mejor preparados para consolidarse, crecer y generar empleo estable. También significa que existe una mayor conciencia de que emprender exige planificación, recursos, compromiso y visión de futuro.

Este dato ayuda, además, a desmontar una idea equivocada que todavía a veces acompaña a la economía social: considerarla una fórmula empresarial menor o de baja capacidad económica. La realidad demuestra lo contrario. Las sociedades laborales movilizan capital privado, generan inversión productiva y contribuyen al desarrollo económico desde una lógica empresarial basada en la participación de las personas trabajadoras. La sociedad laboral demuestra que emprender no tiene por qué ser una aventura individual. También puede ser un proyecto colectivo, compartido y estructurado, donde varias personas unen capacidades, experiencia y recursos para crear una empresa viable. En muchos casos, ese capital inicial no pro-

cede de grandes inversores externos, sino del esfuerzo de personas que creen en su oficio, en su equipo y en la posibilidad de construir una alternativa empresarial propia.

En una economía como la murciana, formada mayoritariamente por pequeñas y medianas empresas, este modelo tiene una importancia estratégica. Las sociedades laborales favorecen el arraigo territorial, retienen talento, facilitan la continuidad de actividades económicas y permiten que la riqueza generada permanezca más vinculada al territorio. Por eso, cuando hablamos del capital inicial de las sociedades laborales, no hablamos solo de dinero. Hablamos de confianza. Hablamos de responsabilidad compartida. Hablamos de personas que apuestan por su empresa desde dentro, participando en su propiedad y comprometiéndose con su futuro. Poner en valor el capital inicial de las sociedades laborales es también reconocer una forma distinta de invertir en el territorio: una inversión que nace de las propias personas trabajadoras y que se traduce en empleo, actividad económica y compromiso empresarial.

En un momento en el que tanto se habla de atraer inversión, conviene recordar que una parte muy importante del desarrollo económico empieza aquí: en quienes creen en su proyecto, invierten en él y lo convierten en empresa. Las sociedades laborales son una muestra clara de que el capital más importante no siempre es el más visible, sino el que nace del compromiso de las personas con su trabajo, con su empresa y con su territorio.

Poner en valor ese capital es reconocer una forma de hacer empresa que une inversión, empleo, participación y compromiso con la Región de Murcia.

para los vecinos, parte intrínseca de su devenir diario y generador de actividad cultural, turística, económica y, lo más humano, lo que se dice social.

Hitos sobresalientes de esa hoja de ruta bien podrían ser la apertura de museos y centros de interpretación activos y participativos y volcados en sus instalaciones públicas –que no simples inmuebles expositivos– en proteger, investigar y enseñar a toda la ciudadanía la riqueza histórica, etnográfica y cultural del municipio para convertirse con esos cometidos en puntos de encuentro de índole educativa y de valores y símbolos del carácter de las gentes de la localidad, conectar la ciudad con su entorno natural y paisajístico a través del despliegue de espacios ajardinados, paseos peatonales y ciclistas, zonas infantiles de esparcimiento lúdico y recuperar/rehabilitar elementos arquitectónicos y arqueológicos de un pasado memo-

orable de civilizaciones para compatibilizarlos con áreas de ocio y cultura a modo de focos de desenvolvimiento social. Cuidar el patrimonio es mantener viva la historia y la identidad de una tierra para el futuro. Como destacaba el escritor checo Milan Kundera, «la cultura es la memoria del pueblo, la conciencia colectiva de la continuidad histórica, el modo de pensar y de vivir».

Tomemos ejemplo.
JUAN JOSÉ RUÍZ MOÑINO

Estoy de baja

El absentismo laboral se ha convertido en un lastre oneroso que la gente minimiza, subestima e incluso acepta como un derecho adquirido; comentarios como «que pague la Seguridad Social, la mutua o el empresario» se aceptan de buen grado felicitando al enfermo tal vez imaginario o

que exagera los síntomas y animándole a que continúe con esa anómala situación que para sí su interlocutor quisiera.

¿Qué está pasando? Uno se pregunta a qué se debe esa abulia laboral rayana con la holgazanería que muestra bien a las claras un alarmante egoísmo, además de fraude moral y económico. ¿Acaso los médicos se curan en salud bajando excesivamente el nivel para conceder la incapacidad temporal y evitar disgustos? ¿Por qué muchos trabajadores son tan proclives a no acudir al trabajo ante el más nimio contratiempo?

Debemos incentivar la cultura del trabajo y penalizar a los que sin escrúpulos que fingen con la salud.

FCO. JAVIER SÁENZ MARTÍNEZ

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores

cartasdirector@laverdad.es

La arquitectura también es líquida

TINTA DE CALAMAR
ALEXIA SALAS



Te propongo un paseo por la costa murciana. Te asombrará comprobar el lento –aparentemente– avance de unas obras que convierten un frente marítimo, que es identidad y arraigo, en un escaparate de brutalismo playero. La conversión avanza sin pausa hacia el interior de las localidades y los edificios públicos, donde se ha empadronado un estilo de arquitectura líquida, que básicamente consiste en hacer lo que a cada uno le dé la gana, porque para eso abrazamos la posmodernidad y a los responsables urbanísticos les importa poco el sentimiento de comunidad y la dimensión moral de la construcción. De pronto se tira una villa con encanto para levantar un bloque impersonal. De tan feo, inmoral.

Lo que se impone es la erección de viviendas-cubo, a base de hormigón y vidrio, líneas rectas y uniformidad de cuartel militar. Ya hay miles. Casi todas con una pareja de jubilados extranjeros en la terraza-vitrina, con una botella de vino, porque solo ellos pueden comprar las nuevas viviendas, de entre 300.000 euros a un millón. Unos precios que han puesto también en el disparadero la vivienda de segunda mano, así que cualquier pareja joven murciana que inicie su vida tiene que elegir entre un alquiler astronómico, compartir piso o rescatar una caravana y asentarse en un arrabal, que ya los hay con residentes fijos. Pero no entremos en el vulnerado derecho a la vivienda. Aún.

La arquitectura hostil y excluyente que promovemos es lo contrario de las nuevas tendencias racionales y coherentes con el nuevo siglo. Ni se paró el siglo XX, ni esto es Alemania. Dudo de que incluso al este de Europa derrochen esa profusión de vidrios negros y severas formas, como se pueden ver frente al Mar Menor. El premio Pritzker Francis Keré se negó a continuar la oda al cemento en un encargo para Brasil, santuario de Niemeyer, principal defensor del hormigón armado. El arquitecto africano defiende la armonía entre el pueblo y la naturaleza, por eso levanta escuelas de materiales que aíslan el calor en las aulas. Eso solo ocurre cuando construir es un gesto de escucha, no de invasión. Otro Pritzker, Smiljan Radic Clarke, se niega a imponer sus construcciones al paisaje. Las adapta a él, filtrando la luz y modelando la acústica, dejando una sensación siempre de provisionalidad o fluidez sujeta al cambio, que invoca a Heráclito.

Cuando paseo por la playa o por las avenidas de los pueblos costeros, veo algunos siniestros chalés. Por un momento, juego a imaginarme dentro, y me invade una tristeza y unas ganas instintivas de salir corriendo. Solo consuelan los escasísimos vestigios de lo que fuimos, unos pueblos marineros con encanto y hermosas villas burguesas. En diez años no nos reconoceremos. Habremos abolido la propia antropología, como definió George Perec, y con ella nuestras raíces, deseos y esperanzas.